

gráfica del Edén realizada por especialistas en campos muy diversos, desde filólogos, geógrafos, biólogos y geólogos o psicólogos, y sus métodos de trabajo.

Como hemos visto, nos encontramos ante una amplia recopilación de estudios, algunos más generales y otros más especializados, que en muchas ocasiones nos presentan las dos caras de la misma moneda, demostrando que una realidad histórica no es tal, sino varias, dependiendo de la perspectiva del observador e incluso de los propios protagonistas. Sin duda, un volumen muy recomendable tanto para los estudiosos de una materia determinada como para cualquier lector lego cuyos intereses se aproximen a estos siglos de regreso y a la vez de continuo cambio.

Julia AGUILAR MIQUEL
Universidad Complutense de Madrid

Santiago LÓPEZ MOREDA, *HISPANIA en los humanistas europeos. Detractores y defensores*, Madrid, Ediciones Clásicas, 2013, 240 pp.

El debate entre la letras y las armas, inmortalizado por Cervantes en su obra cumbre, da pie al autor del libro a plantear desde la historiografía clásica (César, Salustio) la conexión entre los hombres de armas y los hombres de letras, entre los artífices de la Historia y los divulgadores de la misma.

En la Baja Edad Media esta relación entre las letras y el poder cobró especial interés cuando se iban forjando las grandes naciones de Europa a la par que en Italia las repúblicas más eminentes y los estados pontificios pugnaban por su hegemonía. A exaltar el nacionalismo creciente acudió toda una corte de intelectuales que, las más de las veces, no repararon en falsear los hechos, ocultar la verdad, omitir lo poco recomendable de la propia nación y ensalzar lo más relevante. Se trataba de rastrear un pasado glorioso y mostrar a toda Europa un rey, príncipe, dogo o papa investido de todas las virtudes y legitimado para una política exterior 'negra' desde la perspectiva de los otros, pero casi sagrada y providencial desde la propia.

Fue así como nació la 'leyenda negra' de España y de los españoles, tan fértil en bibliografía como sesgada en la mayoría de los casos, especialmente desde los países que apoyaron la Reforma, como los Países Bajos, Suiza, Alemania, o desde los enemigos habituales de la monarquía española, como Inglaterra y Francia.

Pero el autor no se suma como uno más a esta corriente que analiza dicha leyenda desde la apología, cual Fernando de Herrera y Gonzalo Jiménez de Quesada, el Antijovio, o desde la invectiva, cual Giovio, Erasmo, Münster, Bartolomé de las Casas, Guillermo de Orange, y más recientemente S. Arnoldsson. Tampoco centra su interés en la época de Carlos V o de Felipe II cuando dicha leyenda llega a su cima. Se remonta a los dos siglos anteriores para explicar los orígenes de la misma y para demostrar, con una imparcialidad filológica que le honra, que dicha leyenda nació en Italia con la presencia temprana de la Corona de Aragón en Sicilia y Nápoles y que de catalanes y aragoneses se generalizó a todos los españoles y a todo lo español. La

‘fé di catalogna’ simbolizada por Maquiavelo en el hábil y falso Fernando de Aragón, como sinónimo de perfidia, está en sintonía con los juicios de Guicciardini y Paolo Giovio, por citar solamente a dos humanistas que se hicieron eco del saco de Roma.

En el capítulo inicial S. López Moreda analiza los orígenes de la leyenda a partir de opiniones ya formadas de los humanistas que frecuentaron la corte de los Reyes Católicos y que en la historia oficial se deshacían en elogios a la corona y a los españoles, mientras que en privado, en su correspondencia particular, mantenían lo contrario. Es el caso de Guicciardini y de Marineo Sículo (p.18) e incluso ya antes en Lorenzo Valla. Estos humanistas conocían bien lo que pocos años antes había dicho Pontano desde el resentimiento (*insaziabili oppressori*) y León de Rosmithal («los catalanes son hombres pérfidos y malvados, que se llaman cristianos, pero que son peores que los infieles»). Y, desde luego, no ignoraban la política seguida por los Borgia (Calixto III y Alejandro VI) y los *condottieri aragonesi*, ni los malos hábitos introducidos por éstos en Nápoles, divulgados por Minturno (p.28) o el Panormita.

El capítulo II analiza la opinión que causaron los españoles a los humanistas venidos de Italia. Indudablemente resulta del máximo interés por la objetividad del análisis filológico: Jerónimo Münzer, comisionado por el emperador Maximiliano, recorre España y Portugal y habla elogiosamente de sus nobles. Es un diplomático políticamente correcto; pero al mismo tiempo observa costumbres bestiales en los mercaderes de esclavos de Valencia, los ajusticiamientos de Almería, la intransigencia con los homosexuales («¡claro que eran italianos!», dice a modo de excusa), la mala situación de los judíos, la miseria de los gallegos en contraste con la opulencia del clero. Se iba deslizando de su pluma el problema religioso que eclosionaría poco después con Carlos V.

Semejante es el caso de Mártir de Anglería, con opinión positiva de la nobleza y negativa de los españoles en las *Décadas* y en la correspondencia particular, pero elogiosa de la paz que se respira en España frente a la Italia que «se desgarran en tendencias opuestas». Es el mejor ejemplo de Jano bifronte, adulador de reyes y nobleza que le pagan y pesimista, en cambio, ante el panorama moral y la incultura del pueblo: «los jóvenes españoles, desde sus abuelos y bisabuelos hasta nuestros tiempos, han sostenido el criterio erróneo que es de menos valer el hombre que se consagra a las letras» (p.46).

Marineo Sículo comparte opinión sobre los españoles «duros y escasos [de inteligencia], más amigos de guerra que de ociosidad y si le faltan enemigos fuera los buscan dentro» (p.50); eso sí, son los más cristianos. También Francesco Guicciardini observa: «los españoles se inclinan más a las armas que cualquiera otra nación». Y por encima de todos, Antonio de Ferrarisi, conocido como Galateo, quien, como antes Petrarca y Pontano, culpa a España de la ruina de Italia: «da vergüenza decirlo, pero hay que decirlo; antes de que llegaran los aragoneses, en los palacios de los nobles de este reino no había ningún joven venal o vigilado», en clara referencia a ciertas prácticas sexuales. Las ciudades españolas, pocas y feas, están llenas de inmundicias y sus ciudadanos son ‘orgullosos’, un tanto xenófobos, astutos, mezquinos, ladrones, incultos... Respira resentimiento por doquier, sobre todo al considerar la política de

Alejandro VI, como Guicciardini. Claro que esto último lo dice en sus *Storie fiorentine dal 1378 al 1509*, no en su condición de diplomático ante los Reyes Católicos.

Del recorrido por los detractores de España el autor concluye que son especialmente los italianos quienes fueron forjando la leyenda negra a lo largo del siglo XV. Esta labor fue continuada a comienzos del siglo siguiente por Andrea Navagero, dolido por ver a Italia sometida a potencias extranjeras. Enemigo de los privilegios de los catalanes, advertía la ociosidad de los españoles «poco industriosos y que van de mejor gana a la guerra»; pero a la vez no dejaba de admirar las universidades, como la de Alcalá, y las bibliotecas que iban surgiendo o la pujanza de las ciudades de Toledo y Sevilla. Con P. Giovio se alcanza la cima de los detractores. Desde la página 66 se analizan las razones que lo llevan a ver a los españoles «de natural condición soberbios y amigos de reynar, y tales, que si una vez entran, procuran con todos los artificios del mundo subir a la cumbre de los señoríos», sin dejar de lado a los reyes, más crueles y soberbios tiranos «que todos los que jamás había habido en Italia». Nunca perdonó que la reina Juana donara el reino de Nápoles al rey Alfonso V. Sirve a Cosme de Médicos y favorece la entrada de los franceses angevinos «para librar el más noble reino de Italia de los tiranos aragoneses»: *Nobilissimum Italiae regnum ab Aragoniis tyrannis esse liberum censemus*, proclama a la manera del viejo Catón.

Para Giovio las únicas aportaciones hispanas a Italia fueron una soldadesca inculta y cruel, que además introdujo el ‘mal francés’ en Nápoles, el papa Alejandro VI, el príncipe más cruel, y una carga abusiva porque con frecuencia los soldados se convirtieron en ladrones: *hispani e militibus inmanissimi latrones effecti*. En suma, un terreno perfectamente abonado para que luteranos y reformistas terminaran de escribir la leyenda negra con la imagen de los españoles rapaces, orgullosos, falsos, vanidosos, lascivos, mezclados con moros, marranos y judíos y a veces también sanguinarios y crueles (p.75).

También Erasmo se suma a la lista de detractores: el mayor defensor del irenismo, hace saber al historiador y diplomático portugués Damião de Góis que *bellacem esse non est laudis sed vituperii* y declina a la vez la invitación del cardenal Cisneros para venir a España con su famoso *Hispania non placet*. Le resultaba demasiado bárbara y excesivamente intransigente en materia religiosa. No obstante, es el mismo Erasmo que en su diálogo *Ciceronianus*, por boca de Buléforo, reconoce la valía de hombres como Nebrija y Luis Vives.

Con Pietro Bembo, sin pretenderlo, se abre el camino de los defensores de lo hispano desde la situación de su Venecia natal a la que «el nuevo poder de España la había reducido a una República de 25000 moscas». Deja constancia de la gesta de descubrir el Nuevo Mundo, con lo que ello significa para el comercio veneciano, del poder en el terreno de la Iglesia con gran presencia de cardenales, sobre todo valencianos: «Valencia había ocupado la colina del Vaticano». Reconocer el poder de España era dar pie a tratar de saber más sobre ese pueblo, labor que realizan especialmente tres humanistas de renombre y de origen hispano, Bernardino de Carvajal, Gonzalo Jiménez de Quesada y Damião de Góis. El primero, en el discurso de obediencia al papa Alejandro VI, exalta la inteligencia de los españoles acreditada

en antepasados ilustres desde Séneca; el segundo da réplica a Giovio con su famoso *Antijovio*, y el tercero escribiendo una apología de Hispania contra las acusaciones de Münster, que ocupa el capítulo III del presente libro.

Góis, por su labor diplomática, es un excelente conocedor de Europa y amigo de Erasmo desde su estancia en Lovaina, tiene contactos con Lutero, Melancton, Pietro Bembo, Sadoletto y el cosmógrafo Sebastián Münster, lo más florido de la intelectualidad del momento. Lee la *Cosmografía* y percibe que lo allí escrito sobre Hispania es más fruto de la mala prensa y de la pluma de Miguel Servet que de la experiencia personal del cosmógrafo. Las dos grandes potencias marítimas del momento suscitan un recelo fundado. Este enjundioso capítulo recoge la descripción de Hispania a cargo de Münster con anotaciones etimológicas pintorescas, como que los Pirineos se llaman así por la frecuente caída de rayos ('pyr') en los montes; se destaca en especial la comparación entre franceses y españoles para denostar a éstos: taciturnos, fingidores, poco sociables, más dados a la guerra que a las labores del arado, gorriones: «consumen menos comida y bebida que los franceses, salvo que sean invitados» (p.119). Y una vez más la intransigencia religiosa: expulsión de los judíos y pogromos en Lisboa. En la genealogía de los reyes de Hispania abundan las inexactitudes, en particular sobre Teodorico, Chindasvinto, Alfonso VIII; da por buena la correspondencia entre Séneca y San Pablo (p.144) o la noticia de que Nerón ordenó la muerte de Séneca por los azotes que le había dado cuando era su preceptor. Al menos reconoce la valía de Quintiliano.

La réplica de Góis ocupa el capítulo IV y comienza negando autoridad a lo escrito por Münster, sencillamente porque habla de oídas y nunca estuvo en Hispania y se deja llevar de las opiniones de Volaterrano, Marineo Sículo y Paolo Giovio, para pedir a Diego Fugger que medie en la polémica: piensa cuál habría sido tu reacción, como alemán, si yo hubiese escrito de los alemanes las cosas que Münster ha escrito de los hispanos: *in peregrinos homines duros, feroces et inmanes, nec non imperitos, ingenio infelices, arrogantes iactabundosque* (pp.149-150). El banquero se disculpa por haber dado crédito a Münster, sobre todo a su *Appendix geographica*, donde criticaba la rudeza y primitivismo de los hispanos, su avidez y gula en los banquetes cuando eran invitados, y la verbosidad. Para Fugger, Hispania es *uber et praestans*: rica y sobresaliente.

Y como Hispania era también Portugal, Diogo Pires sale en defensa de la Península contra el siempre presente Paolo Giovio. El italiano acaba de escribir su *Elogia doctorum virorum* donde los portugueses brillan por su ausencia y le recuerda las figuras de Resende, Damião de Góis y Jerónimo Cardoso, entre otros humanistas notables.

La disputa entre Münster y Góis a propósito de las fuentes de la historia y los datos que avalan la censura o la apología tiene un indudable interés historiográfico, como pone de relieve S. López Moreda (pp.151-153). Góis acepta el reto y escribe su *Defensa de Hispania* precedida de una carta a Pedro Nanio, su viejo profesor de latín en Lovaina, que le responde elogiosamente comparando su actitud con la de Suetonio por el orden expositivo y prometiéndole una amplia difusión del libro.

La *Defensa de Hispania* cumple con todos los requisitos de una obra histórica: el propio conocimiento de los lugares y personas de su tiempo y el control de las fuentes para la antigüedad (Livio, Estrabón, Plinio, Suetonio, Polibio, Justino), para la Edad Media (Esteban de Bizancio, Sánchez de Arévalo, Lorenzo Valla) y para los años anteriores (Lucio Marineo Sículo, al que remite con frecuencia, y G. Budé). La organización, elogiada por Nanio, responde a un orden que va de los poderes eclesiásticos a los productos naturales pasando por los grandes personajes (reyes, marqueses, condes, vizcondes, órdenes militares), sin olvidar a los santos y hombres ilustres. Tras un amplio catálogo de hombres de ciencias y artes, concluye: «no puede ser bruta la tierra que vio nacer tales ingenios» (p.178).

En el capítulo V, bajo el significativo título de *Hispani omnes sumus*, aborda la polémica peninsular entre el portugués André de Resende y Bartolomé de Albornoz. Porque una cosa era que los peninsulares hicieran piña de puertas para afuera, pero de puertas para adentro, los portugueses cada vez más se esforzaban en reforzar su identidad, especialmente tras la batalla de Aljubarrota y la fracasada política matrimonial de los Reyes Católicos y los dos primeros Austrias. Se difundía el celeberrimo dicho *De Espanha, nem bom vento, nem bom casamento*. «De España ni buenos vientos ni buenos casamientos». Bastaba cualquier pretexto para que saltara la chispa del incendio, como la procedencia de los santos Vicente, Sabina y Cristeta, que ambos humanistas reivindicaban para sus respectivas ciudades de origen: Évora y Talavera, antes llamada Eborá y Aibira.

López Moreda se permite la inclusión de esta polémica fratricida porque en el fondo se debate un problema más que histórico, filológico, que daba la razón al portugués, pero que hacía ‘argumentar’ al español con algo tan poco serio como que el contrincante «era portugués y además gramático». Por si fuera poco, ellos se habían apropiado del término Lusitania. Y del vocablo *Braga*, nombre del viejo *conventus* jurídico, era mejor no hablar, porque hasta Plinio evitó las chanzas posibles no mencionando a sus pobladores.

El capítulo VI recoge de manera breve la confirmación de la leyenda negra acrecentada sobre todo en los comentarios despectivos de Miguel Servet, para quien los españoles «son de buena disposición para las ciencias, pero que estudian poco y mal, y cuando son semidoctos se creen ya doctísimos, por lo cual es mucho más fácil encontrar un español sabio fuera de su tierra que en España. Forman grandes proyectos, pero no los realizan, y en la conversación se deleitan en sutilezas y sofisterías. Tienen poco gusto por las letras, imprimen pocos libros, y suelen valerse de los que les vienen de Francia. El pueblo tiene muchas costumbres bárbaras, heredadas de los moros» (p.207). Siguen unos breves, pero enjundiosos apuntes de Luis Vives, Alonso de Valdés, Cristóbal de Villalón y Guillermo de Orange entre otros, bien estudiados por Powel y Arnoldsson y que, por tanto, no exigen mayor examen.

El libro concluye con una amplia bibliografía dividida en fuentes y estudios. Merece mención de honor el fecundo capítulo de las fuentes, analizadas y traducidas por S. López Moreda, rigurosamente seleccionadas y comentadas, con notas ajustadas que proporcionan abundante información histórica y literaria. Cuantos se

interesan por conocer más y mejor los orígenes de la leyenda negra, tendrán la satisfacción de hallar en esta monografía un estudio novedoso, serio e imparcial, que ofrece las dos caras de la cuestión, la de los detractores y la de los defensores de España. Un amplio Índice de nombres propios personales, geográficos y literarios en veinte páginas es el mejor complemento para facilitar cualquier consulta. Se trata, en suma, de un libro con el que disfrutarán historiadores y filólogos, pues a los conocimientos filológicos e historiográficos del autor se añade la claridad y amenidad con que está escrito.

Benjamín GARCÍA-HERNÁNDEZ
Universidad Autónoma de Madrid

Alfredo ALVAR EZQUERRA, *Un maestro en tiempos de Felipe II. Juan López de Hoyos y la enseñanza humanista en el siglo XVI*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2014, 462 pp.

El presente volumen ofrece el primer estudio sobre un maestro español del siglo XVI: Juan López de Hoyos. Se trata de la primera biografía del que ha sido considerado por todos ‘maestro de Cervantes’, aunque no haya registro de ello, salvo una ambigua alusión, y no sepamos ni por cuánto tiempo lo fue, ni qué le enseñó. Pero es mucho más que una biografía, ya extraordinariamente valiosa *per se*, pues supone un fresco de la época y de la vida estudiantil, un recorrido por el Humanismo, por la manera en que se forjaba un maestro en el siglo XVI o por las formas de hacer historia que le marcarían. Alfredo Alvar, autor de numerosos artículos y libros sobre los personajes más notables y las gentes más menudas de los siglos XVI y XVII, es profesor de investigación en el Instituto de Historia del CSIC, académico correspondiente de la Real Academia de la Historia y presidente del Instituto de Estudios Madrileños. Especialista en la historia social del poder, cuenta entre sus títulos más recientes con los siguientes: *Juan Sebastián Elcano. Un espíritu indómito contra la adversidad* (Madrid, Prosegur-TF Editores, 2013), *Madrid, corazón de un Imperio: 1561 y 1601-1606* (Madrid, Ediciones La Librería, 2013), *La Emperatriz Isabel y Carlos V: amor y gobierno en la Corte española del Renacimiento* (Madrid, La Esfera de los Libros, 2012) y *El Duque de Lerma. Corrupción y desmoralización en la España del siglo XVII* (Madrid, La Esfera de los Libros, 2010), a los que hay que sumar dos excelentes biografías, *Cervantes. Genio y libertad* (Madrid, Temas de Hoy, 2004) e *Isabel la Católica. Una reina vencedora, una mujer derrotada* (Madrid, Temas de Hoy, 2002).

El objetivo del libro, *a priori*, es sencillo: una biografía sobre Juan López de Hoyos, el maestro de Cervantes. Pero, como dice el autor, «la edición de los textos de López de Hoyos, de sus recuerdos de grandes acontecimientos, la redacción de cuanto vio como si de una fijación de la memoria se tratase, así como el análisis de las primeras corografías de Madrid, entre otras cosas, están en el origen de este texto,